

Medio siglo de la primera ciudad sanitaria

El Chuac cumple cincuenta años con señalados hitos para la medicina moderna en Galicia

R. DOMÍNGUEZ

A CORUÑA / LA VOZ

Tal día como hoy, pero hace cincuenta años, comenzaba a escribirse una página cuya trascendencia se revela cada vez que el mal aprieta. La inauguración del entonces Hospital Juan Canalejo supuso la puesta en marcha de la primera residencia sanitaria de Galicia, germen de una nueva forma de cuidar y curar que, medio siglo después, se ha convertido en una de las señas de identidad de la política sanitaria gallega. Polo de conocimiento y desarrollo que ha ido creciendo de la mano de una ciudad que se enorgullece de ser sanitaria, al hospital se deben, sin duda, algunos de los hitos que señalan la historia reciente de una urbe periférica que ha sido capaz de situarse en el centro de la medicina moderna. Son múltiples los ejemplos con los que el Chuac, y con él A Coruña, se ha ido colocando en el mapa de la mano del saber hacer y empuje de los miles de profesionales que día a día fraguan la esperanza de un mejor vivir. Toda esa trayectoria se puede ver ya en una exposición que repasa medio siglo de historia. La muestra, hasta el 4 de septiembre en el Obelisco, cuenta con varios paneles expositivos que explican la evolución del hospital desde su inauguración hasta la actualidad.

En 1972 A Coruña contaba con apenas 190.000 habitantes. El Chuac de hoy presta asistencia a medio millón largo de vecinos de un área dispersa que en estas décadas ha vivido la explosión demográfica de los cinturones metropolitanos mientras en la trama urbana se configuraban nuevos polígonos y el complejo sanitario sumaba infraestructuras y nuevos servicios que, en



Profesionales del materno realizando una ecocardiografía a un bebé en la uci de neonatos. ÁNGEL MANSO

muchos casos, evitaron tener que salir de Galicia para hacer frente a la enfermedad.

Cuando A Coruña se reducía a poco más que la urbe histórica, esa vocación de evitar la migración por razones de salud se materializaba ya en la creación de unidades que hoy siguen siendo de referencia, como las de quemados y hemodiálisis en 1974. La necesidad de seguir dando respuestas a la ciudadanía llevaba apenas una década después a poner en marcha el materno, el Hospital Teresa Herrera, en 1985. Antes, ya se había inaugurado la era de los trasplantes con el primer implante de riñón en 1981. Un lustro después se estrenaba el banco de tejidos y en 1987 se logró la transferencia del Hospital Marítimo de Oza para seguir configurando una red de atención tupida y que, años después, proporcionaría cobertura a otras esferas de la salud, incluida la mental.

La década de los 80 supuso muchos más avances, entre ellos

el inicio de la actividad de hospitalización a domicilio, la puesta en marcha de la que sigue siendo unidad de cabecera para toda Galicia en lesiones medulares, o la creación del servicio de cirugía cardíaca que en 1991 realizaría el primer trasplante de corazón de la comunidad.

Las transferencias sanitarias

Fue ese mismo año cuando se produjo la transferencia de las competencias sanitarias a Galicia, inaugurando también un período de desarrollo bajo el paraguas del Sergas, mientras en A Coruña se creaba el campus universitario y comenzaban a proyectarse nuevas áreas con las que la ciudad seguiría creciendo al mismo tiempo que el área periurbana consolidaba su atractivo duplicando su capacidad residencial.

El año de las olimpiadas de Barcelona fue también el del primer trasplante de médula ósea en el Chuac, y el del inicio de la ci-

rugía experimental. Al siguiente se estrenaba la unidad de cirugía sin ingreso y el hotel de pacientes, y el complejo seguía creciendo con la inauguración del centro de especialidades del Ventorrillo. En 1994 se realizó el primer trasplante hepático y se creaba el Instituto de Ciencias da Saúde. En 1996 abrió sus puertas el nuevo Hospital de Oza y echaba a andar el área del corazón, y en 1997 comenzó a funcionar el Virxe da Xunqueira de Cee.

La mayor demanda asistencial y las oportunidades abiertas con los avances científicos empujaron el primer plan director del todavía llamado Juan Canalejo en 1998, en vísperas de nuevos logros, como el primer trasplante pulmonar y pancreático en 1999 o la apertura del hospital de día de psiquiatría en el pabellón Fernández Latorre en el año 2000.

El nuevo milenio se inició además con un peleado logro colectivo. Después de años de tramitación y probablemente la movili-

zación ciudadana más sostenida en el tiempo, el Hospital Militar reabría sus puertas en el 2001 ya como Abente y Lago, renovado e integrado al fin en la red sanitaria pública. Mientras, seguían dándose pasos para la ampliación y reforma del corazón del complejo en As Xubias y los profesionales continuaban protagonizando logros: primera intervención quirúrgica intrauterina a un bebé en el vientre de su madre. Sucedió en el 2002, cuando ya estaban en construcción nuevos bloques hospitalarios.

La creación del Inibic, el Instituto de Investigación Biomédica, coincidió en el tiempo con el cambio de nombre del hospital, oficialmente Chuac desde el 2008, y la primera década del milenio se cerró con la puesta en marcha del Centro Tecnológico de Formación o un nuevo éxito en trasplantes con la aparición de un órgano para el primer bebé gallego que sobrevivía con un ventrículo mecánico. La creación de la unidad de mama, del hospital de día de pediatría, las nuevas urgencias y el bloque quirúrgico, o el primer corazón artificial de Galicia fueron algunos de los momentos señalados de la pasada década, cuando el Chuac superó los 5.000 trasplantes.

Diseñar nuevas formas de elaborar vacunas, imprimir minicorazones en 3D para entrenar cómo operar a prematuros, ensayar con Harvard el autotrasplante celular cardíaco... son solo algunos de los retos soñados por quienes en los últimos dos años y medio, con la llegada del covid, volvieron a demostrar dónde se encuentra lo que de verdad importa. Aun con el miedo real ante una pandemia letal y desconocida, los trabajadores del Chuac ejercieron, más que nunca, su vocación y compromiso.



Tres años seguidos como mejor hospital de España

Los últimos tres años, el Chuac se ha alzado con el premio BIC (Best in Class) como mejor hospital de alta complejidad de España. Los dos últimos, en plena pandemia en el centro que diagnosticó el primer caso covid de Galicia y que más pacientes ha atendido de la comunidad.



Curar, pero también enseñar a los que curan

Apenas tres años después de su inauguración, el hospital coruñés inició la actividad de formación de los mir, médicos internos residentes. Cada año, más de un centenar de graduados en medicina, pero también de enfermería, farmacia, biología... se incorporan al centro.



Investigación y centro tecnológico de formación

En el seno del Chuac se creó en 1991 la Fundación Profesor Novoa Santos, pionera en la promoción de la investigación e innovación biomédica con empresas e instituciones. De ella surgió en el 2008 el Inibic, hoy con 450 investigadores, y el Centro Tecnológico de Formación en el 2009.



El Novo Chuac, el triple de espacio y capacidad

Concentrar la atención hospitalaria en As Xubias de Arriba es el objetivo del Novo Chuac, el complejo sanitario coruñés que está previsto que comience a tomar forma a partir del próximo año para triplicar superficie y capacidad. Pasará de 85.000 a 255.000 metros cuadrados.

Comprender la dimensión del Chuac sería imposible sin atender a la historia humana que hizo posible levantar las primeras piedras y que acabó por convertir el complejo en una referencia que mira al futuro con ilusión

Reportaje | Medio siglo de todo corazón

GUILLERMO PARGA A CORUÑA

Todo álbum de recuerdos lo compone un collage de personas y sentimientos, del que no escapan las bodas de oro del Chuac. Si por cada ciudadano del área sanitaria de A Coruña y Cee hay algún momento de su vida que le remite al emplazamiento en el que se ha alzado el complejo desde 1972, ese sentir es en muchos casos recíproco para aquellos que han forjado los cimientos, levantan el presente y están llamados a construir el futuro. Y es que, a pesar de que en ocasiones se disfrazan de ángeles de la guarda, los héroes sin capa pero con bata riegan su conocimiento con un corazón sin el cual este medio siglo hubiese sido imposible.

Un hospital como concepto lo es desde que se abren las puertas para dar solución a una necesidad. Entre 1972 y el año 2015 en el que se jubiló Rosa Zas le dio sentido a una administración que em-

pezó con muchos de sus coetáneos. Sindicalista, primera mujer presidenta de la junta de personal y en la oficina de recursos humanos, no puede evitar echar la vista lo más lejos posible. "Cuando abrimos, éramos un hospital con una media de edad muy joven, todos éramos profesionales de lo nuestro, pero aprendimos a montar un hospital", recuerda. "Ahora viajo mucho, y aún me dicen por ahí lo buen hospital que es, siempre resultó una referencia para la ciudad", añade. Las conquistas de las que más se enorgullece, afirma, pasan por el nivel de la cocina, las mejoras en los turnos y, sobre todo, la fuerte democracia interna. "Para la gente antigua el Chuac lo es todo, nuestra casa", confiesa

En el engranaje y muchas veces el aceite necesario para constatar que el motor está engrasado tiene mucha culpa Manuel Mosquera. A sus 62 años, y tras unirse a la familia en 1992, representa el primer puente entre pasado, pre-

sente y futuro desde su puesto de celador. Sin embargo, y después de tres décadas, la pandemia aún pesa en su bagaje. "Dejó un poco de rastro común para todos, fue el peor trago para mí y para todos los que estamos aquí", lamenta. Con la jubilación a dos años y medio vista y el nuevo Chuac en un horizonte semejante, tira de retranca para hacer planes. "Lo pisaré cuando venga de enfermo", bromea.

Un año después que Manuel, en 1993, se incorporó José Cuenca, que a sus 60 años puede presumir de ser cirujano cardiaco en una de las instituciones punteras en todo lo que tiene que ver con el latir del corazón. Albaceteño de nacimiento, él mejor que nadie sabe diferenciar las dos etimologías de la palabra para referirse a la institución. "Podemos decir que somos un referente nacional", reconoce. "El hospital ha cambiado muchísimo, es la noche y el día, pero no sabría ponerle un calificativo. Es como cerrar los ojos y trasladarse a algo diferente en cualquier sentido, tanto en la parte humana como en la profesional", prosigue. Sus dos hijas coruñesas han seguido la tradición familiar y se mueve como pez en el agua incluso a la hora de tratar con la retranca gallega. "La

adaptación fue fantástica, he tenido oportunidad de marcharme a otras zonas y no me convencieron", advierte. En el horizonte, un deseo entre su faceta de ciudadano y la de doctor: "Me gustaría por lo menos conocer el nuevo Chuac".

A María del Mar Tomás Carmona, microbióloga e investigadora en el Instituto de Investigación Biomédica de A Coruña, la pandemia la situó en primera línea de exposición pública. Suya fue la labor de hacerlos entender lo que casi nadie alcanzaba a conocer, y de lanzar mensajes que no solamente nos hicieran la vida mejor, sino que nos la salvaran. "Tuve cinco entrevistas al día para explicar cómo evolucionaba todo. Las publicaciones era algo paralelo a mi trabajo y hubo mucha sinergia", asevera esta granadina que se unió a la familia en 2001. Literalmente. "Mi hermana era profesora en la Universidad de Santiago y ya me hablaba del Chuac como un referente, al hos-

pital le precedía la fama", sostiene la doctora.

El legado de Rosa, Manuel, José y María del Mar tiene en jóvenes como la lucense Marta Blanco la mejor garantía de futuro. Residente de Nefrología, su primera lección le ha quedado marcada a fuego como seña de identidad del día a día en el Chuac. "Mis sensaciones son que lo más enriquecedor es

la relación con el paciente, el agradecimiento. Eso es lo mejor de nuestra profesión", dice con seguridad, pero sin olvidar los retos de futuro a sus 28 años. "El nuevo Chuac hace mucha falta", puntualiza. "Mis desafíos pasan por evitar la progresión de la enfermedad renal y no tener que llegar a diálisis", finaliza.

Con una historia de puntos y seguidos, nunca aparte, los lazos humanos que han permitido que a sus 50 años el Chuac luzca como nunca avalan que, por lo menos, el siglo de vida será garante de buena salud para todos los coruñeses. ●

La sensación de haber visto crecer a un gigante al que vieron dar los primeros pasos aún emociona a los más veteranos

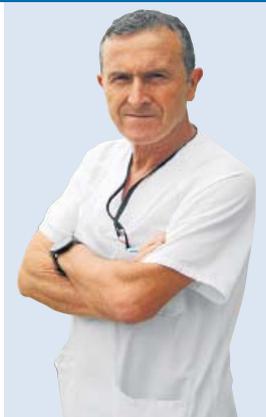
María del Mar Tomás trató de hacernos entender desde su experiencia una pandemia que era desconocida para todos nosotros

PASADO, PRESENTE Y FUTURO DE UNA INSTITUCIÓN DE PERSONAS Y PARA LAS PERSONAS



ROSA ZAS
ADMINISTRATIVA ENTRE 1972 Y 2015

"Viajo mucho, y aún a día de hoy me dicen qué buen hospital tenemos. Para los antiguos es nuestra casa"



MANUEL MOSQUERA
CELADOR DESDE 1992

"La pandemia dejó un rastro común para todos, fue el peor trago para mí y los que estamos aquí"



JOSÉ CUENCA
CIRUJANO CARDIACO DESDE 1993

"He tenido oportunidad de marcharme a otras zonas y no me convencieron; me gustaría ver el nuevo Chuac"



MARÍA DEL MAR TOMÁS
MICROBIÓLOGA E INVESTIGADORA

"Mi hermana era profesora en la Universidad de Santiago y ya me hablaba del Chuac como referente"



MARTA BLANCO
RESIDENTE DE NEFROLOGÍA

"La relación que tenemos con el paciente y el agradecimiento son lo mejor de nuestra profesión"

COMPLEJO HOSPITALARIO UNIVERSITARIO DE A CORUÑA

B.C. [A CORUÑA]

Medio siglo del Hospital de A Coruña: un presente cargado de futuro

Profesionales ligados al complejo en distintos momentos de su historia reflexionan sobre los retos del Chuac cuando se cumplen 50 años desde su fundación

Cuando Paco Arnal traspasó por primera vez las puertas del Hospital de A Coruña, la imagen del complejo, por dentro y por fuera, era muy distinta a la que arroja hoy. Era 1978, y el Hospital solo llevaba cinco años en funcionamiento, sin sospechar entonces que llegaría al medio siglo, que cumple hoy, a pleno pulmón y con una larga vida todavía por delante. Entonces el personal reflejaba los usos y costumbres de otra época: las batas de médico, para los hombres, los uniformes de enfermera, para las mujeres. Hoy, que en las calles ya se habla del Chuac y no del Juan Canalejo, la realidad es otra.

“El hospital al que me incorporé, siendo grande e importante, sufrió toda una serie de profundos cambios en los últimos 20 años del siglo XX. Creció en tamaño creándose un gran complejo con la incorporación de los hospitales Teresa Herrera, Marítimo de Oza y Hospital Militar. Las plantillas de personal se multiplicaron. Todos los grupos de trabajo desarrollaron programas y actividades nuevas”, recuerda hoy Arnal, ya jubilado, sobre sus inicios en la que fue su casa durante 35 años. Un hospital en el que todo eran caras conocidas al principio, y que se convirtió rápidamente en frenético ir y venir de pacientes, familias y los 8.000 profesionales que conforman el cuadro, que cada día tienen preparado un reto nuevo. Arnal, como especialista en el servicio de Anatomía Patológica del Hospital, vio evolucionar su área casi desde el principio, y fue testigo de la incorporación de servicios y conocimientos, así como programas hoy imprescindibles como los trasplantes de órganos. “Se puede decir que la medicina que practicamos cambió por completo en todos estos años, incluso que cambió más de una vez”, reflexiona Arnal, nueve años después de colgar la bata.

A aquellas primeras remesas de profesionales que llenaron los pasillos en la etapa inicial del hospital les sucedieron los sanitarios actuales, entre los que se cuenta la urgenceóloga María de la Cámara, que se incorporó al equipo del Hospital en 2001 y supo, entonces, que no había un lugar mejor para ejercer su vocación, ni tampoco un área que permitiese adquirir mejor visión de conjunto del funcionamiento de una infraestructura de sus características. “Urgencias es un servicio muy representativo, con más de 350 personas de todas las áreas. Es la puerta grande de este gigante, por la que entra la mayoría de pacientes. Es un pequeño Chuac dentro del Chuac”, cuenta de la Cámara, para quien, si algo define al complejo, no son sus equipamientos o sus tratamientos, sino el personal que cada día se desvive por ofrecer la atención más humana posible a quienes pueden estar pasando por duros trances. “El Hospital somos las personas, los que trabajamos aquí y los que vendrán. El objetivo es que los pacientes sientan que velamos por ellos.



MARÍA DE LA CÁMARA
URGENCIÓLOGA

“El Hospital somos las personas: el objetivo es que los pacientes sientan que velamos por ellos”

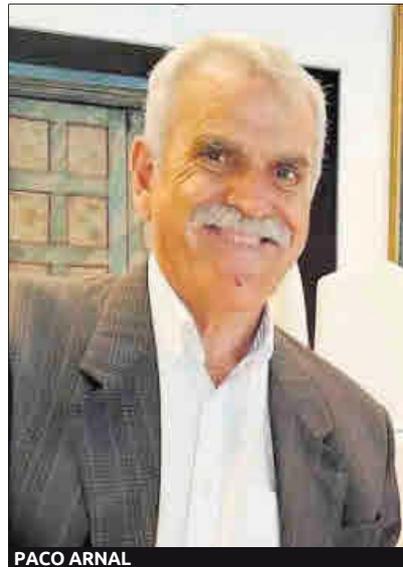


MÓNICA PÉREZ
ENFERMERA

“Tuvimos una de las primeras unidades COVID, no había a quien copiar, hubo que organizarse”

Los compañeros hablan del hospital con ilusión, lealtad y sentido del deber. Son quienes han hecho crecer el Hospital a lo largo de todos estos años”, defiende María de la Cámara, que ha tenido que lidiar, como todos sus compañeros, con un presente marcado por una crisis sanitaria mundial sin precedentes cercanos, que ha marcado un antes y un después en el centro.

Una situación que, sin embargo, no les encontró con la guardia baja. Lo atestigua la enfermera Mónica Pérez, que, gracias a sus 22 años en el oficio, ha tenido tiempo a anticiparse a muchos revulsivos sociales. “Aquí tuvimos una de las primeras unidades COVID que hubo. No teníamos a quién copiar. Nos organizamos en función de quien controlaba de



PACO ARNAL
ESPECIALISTA DE ANATOMÍA PATOLÓGICA JUBILADO

“El hospital al que me incorporé sufrió profundos cambios en los últimos 20 años del siglo XX”



MARTA BLANCO
RESIDENTE DE NEFROLOGÍA

“Iniciar carrera en pandemia cambió nuestra formación, pero nos trajo muchas enseñanzas”

EPIs, quién de aislamiento... fue un reto”, reconoce Pérez, que, no obstante, tiró de rodaje: en el Hospital tuvo que organizar, a contrarreloj, un dispositivo ante la sospecha de casos de fiebre hemorrágica, y otro de cuidados intensivos ante la sombra de la Gripe A. Un bagaje que, años después, no cayó en saco roto. “Vivimos amenazas que no se llegaron a consumir. Utiliza-

mos toda esa experiencia de vivir de sustos en esta pandemia. El COVID nos unió como grupo, hubo mucha solidaridad. Pasamos de ser compañeros a querernos, a ser familia”, relata, tras tres años en los que tuvo que pinchar innumerables vías, pero también agarrar muchas manos y ofrecer consuelo y compañía en los últimos momentos de muchas personas. “Eso es lo que no sale en las estadísticas, pero es lo que te hace irte satisfecho para casa”, asevera.

También en un contexto marcado por la pandemia dio sus primeros pasos en la profesión la residente del área de Nefrología Marta Blanco, que pone rostro y bata a esa nueva promoción de profesionales ilusionados y preparados que firmarán el futuro del Hospital. “Iniciamos en pandemia cambió en algunos aspectos nuestra formación, pero nos trajo muchas más enseñanzas. Recuerdo tener mucho miedo al principio, pero nos adaptamos”, confiesa.

Tras tres años y medio entre los pasillos del Hospital, tiene claro lo que espera y desea para el futuro del complejo, que afrontará en los próximos años una ampliación que lo convertirá en punta de lanza de la infraestructura sanitaria gallega. “Creo que va a ser algo muy positivo. En mi área, Nefrología, tenemos pacientes de diálisis que vienen tres o cuatro horas al día. Es necesario mejorar instalaciones para la gente que viene de forma continuada. La investigación ayudará a cumplir nuestro objetivo de diagnosticar de forma precoz enfermedades renales, y dar a los pacientes medidas y tratamientos para que no lleguen a necesitar diálisis o trasplantes”, asegura Marta Blanco.

El presente del Hospital vive el día a día cargado de futuro, y así lo reconocen quienes formaron parte de sus infraestructuras a lo largo de sus 50 años de historia. Para Paco Arnal, el futuro debe construirse sobre una premisa: “El hospital no se hace para nosotros, sino para la sociedad”. María de la Cámara guarda sus mejores presagios para las posibilidades de innovación que vendrán, que pasarán por “la simbiosis entre los técnicos y los asistenciales”. Mónica Pérez, si mira al futuro, ve una realidad en la que estar a la última no solo es recomendable, sino que se torna imprescindible. “Quizás lo que hacemos ahora, en cinco años ya no sirva. No tenemos que conseguir un conocimiento científico alto, tenemos que aspirar al mejor”, propone.